



La vida como parábola, de Pinjas Sadé

Traducción del hebreo de M^a Encarnación Varela Moreno

Cuando hablamos de Israel y su literatura, la primera idea que surge es la de un Estado en permanente conflicto, ciudadanos casi todos soldados y una búsqueda continua o del heroísmo o de la paz negociada. Pinjas Sadé parece romper todos esos tópicos, sólo que escribe en hebreo con todo el peso histórico de esa lengua, relata su país sin adjetivos, relata a su gente, pero más que nada se relata a sí mismo.

Podría pensarse que se trata de la primera obra de “literatura maldita” que surge en el s. XX en Israel, sociedad entonces (1957) poco acostumbrada a los “malditos” y a las rupturas de estilo, pero Pinjas Sadé ya se mueve en una “sociedad normal” que habla hebreo y que ya puede ocuparse de la condición humana.

Recorremos en esta obra sus abismos, sus éxtasis y sus conclusiones. Quizá estamos ante una de las más sorprendentes parábolas que se han escrito en la literatura hebrea de la época contemporánea.

La vida como parábola es una novela autobiográfica de búsqueda, su estructura es la típica del *bildungsroman*: el viaje interior del héroe hacia su propia madurez personal, por lo general confrontando sus sentimientos y anhelos con los personajes y sucesos de la vida cotidiana. A veces esa confrontación le lleva al humor, a veces al dolor, a veces a la impotencia, nunca a la desesperanza.

Fuertemente enraizado en las ideas del romanticismo alemán, el personaje-autor asume sus ideales con sinceridad y coherencia, se entrega a una causa –la poesía profética- hasta sus últimas consecuencias, se dirige a lo infinito, enfatiza la individualidad frente a los valores colectivos de su generación y esto le lleva a experimentar una verdadera empatía con los otros, no como grupo sino como seres individuales y únicos.

Posee esta obra una fuerte carga mítica con un mitema central, *el viaje del héroe*, viaje interior y exterior a semejanza de Siddharta, buscando continuamente lo absoluto que dé sentido a su vida. Esa dimensión mágica aparece a veces en forma de sueños, en los que se refugia de los angustiantes problemas que origina la libertad y el hecho de estar sometido a las presiones exteriores.

Toda su trayectoria será un intento de marginarse de una sociedad alienante y de amores absorbentes, que le restarían libertad, y de vivir solo en su propio mundo interior.

El autor-personaje propone un sistema de valores distinto de los comúnmente aceptados. Sus antihéroes son siempre colectivos (los funcionarios, los políticos, los académicos etc.), en general estamentos a los que considera hipócritas y opresores. A la vez, a cada ser humano individual –del estamento o condición que

sea- le encuentra algo positivo digno de ser amado, respetado o merecedor de misericordia.

Quien haya hecho una breve incursión por la Cábala, por los laberintos de la mística judía e incluso por la mística en general de las tres grandes religiones monoteístas (en el Cristianismo tampoco faltan los ejemplos), observará que lo sublime parpadea sobre el abismo, el *eros* se toca con la muerte y lo aparentemente maldito o demoníaco va imperceptiblemente unido a la mano de la santidad, tal como pintaba Miguel Ángel en la Capilla Sixtina: el dedo del Dios Creador unido al dedo del Adán primigenio.

M^a Encarnación Varela. Profesora de Literatura Hebrea Contemporánea en el Departamento de Estudios Semíticos de la Universidad de Granada.

Autora de diversas obras relacionadas con esta disciplina: *H^a* y *Antología de la Literatura Hebrea Contemporánea*, *De los ríos de Babel. Estudios comparativos de Literatura Hebrea*, *La imagen polisémica en dos poetas modernistas hebreos: Natán Alterman y Alexander Penn*. Es coautora de algunas monografías sobre los poetas Natán Alterman y Jaím Guri y directora del Seminario Permanente de Estudios Judíos Contemporáneos de la Universidad de Granada, que se ocupa de estas publicaciones.

(Capítulo 10 | *La vida como parábola*)

10

Por las cloacas de Jerusalén¹

Un sueño.- La visita.- Ada.- Eva.- Comentario sobre la esencia del pecado.

A una hora tardía de una mañana lluviosa un chico de diecisiete años está sentado en su cuarto leyendo un libro. De pronto se siente cansado, se levanta de la mesa y se echa en la cama. Poco después se duerme, y en su sueño (que no dura más que unos minutos) se pone a soñar. Es casi imposible describir el sueño: consiste simplemente en una imagen pero que está llena de emoción.

En el sueño el chico abraza a una chica que no conoce, ella es muy joven, casi una niña en realidad, lleva un vestido blanco de una tela sencilla y tosca. No es posible describir la dulce felicidad que embarga el corazón del soñador cuando tiene el cuerpo de ella entre sus brazos. De pronto ocurre una cosa sorprendente: la cara de la chica se desvanece en la niebla y poco a poco va apareciendo en su lugar otra cara, la cara de una vieja. Esa nueva cara le sonrío y él ve la boca sin dientes, y dentro una lengua muy pequeña que se enrolla y se retuerce cuando sonrío como la cola de un lagarto. Quiere gritar. Se despierta.

¹ El título y todo el capítulo afirma la idea cabalística del mal necesario de Yisshaq Fernando Cardoso, parece que recogida después por Yakov Frank: para conquistar la Ciudad Santa el rey David tuvo que entrar por las cloacas (Cfr. Guershom Scholem, *Mitzvá ha-ba'ah be-aberah* -El precepto que se cumple a través del pecado-, Jerusalén 1968).

Sigue acostado, sólo abre los ojos.

Cuando los abre se encuentra con la mirada de otros ojos, negros, inquisitivos y un poco asustados, como los ojos de un ratón que le miran desde la puerta medio abierta. Pero esos ojos no están en la cara de un ratón sino en la cara redonda de una chica de pelo negro y labios finos. Cuando él la mira ella se avergüenza y no puede decidir si irse o entrar. Por alguna razón él le dice: ¿Por qué te quedas fuera mirando hacia dentro? Entra dentro y mira hacia fuera.

¿Hay alguna relación entre el sueño y la presencia de la chica?

Yo creo que no, de todos modos no lo sé. Ahora la cara desaparece y él oye al otro lado de la puerta un diálogo susurrante y excitado. Dice una voz: “Ven tú también”, y la otra responde: “No, no, me da vergüenza”. De nuevo dice la primera voz: “Bueno, entro yo primero y tú detrás de mí”. Eso continúa durante unos minutos.

Por fin la puerta chirría y se abre del todo y entran en el cuarto dos chicas. La primera, la de los ojos inquisitivos, no es ni fea ni guapa, una chica corriente. La otra, de pelo rubio y grandes ojos verdes, es muy bonita. Tienen las dos unos catorce años.

Rápidamente, después de una pausa, surge una fluida conversación entre ellas y el chico. Él descubre que la morena se llama Ada y la rubia Eva. Ada es habladora y le cuenta que es pariente de uno de los inquilinos de la casa y viene a menudo con su amiga a visitarlo. Aclara que el chico ha despertado su curiosidad y han estado buscando la manera de que él las conozca. Ahora están satisfechas y examinan con gran cuidado todo lo que hay en el cuarto.

Después de un rato se van, y él, después de pensar un poco en el divertido incidente, vuelve a su libro. A partir de entonces casi no pasa un día sin que las chicas vuelvan a visitarlo. Muy pronto se agota la conversación, y él compra fruta y les da así a sus invitadas otro motivo de interés.

Le sorprende una cosa. Esas chicas son hijas de familias estrictamente religiosas ¿cómo es que se las permite estar a solas con él en su cuarto? Pero pasado un cierto tiempo descubre que vienen a escondidas y que el asunto les resulta una especie de aventura.

Un día, cuando él sale un momento del cuarto, Ada le susurra apresuradamente al oído que el día siguiente vendrá sola. Desde ese

momento él vive con una gran excitación, limpia el cuarto, pone flores en un vaso sobre la mesa, se pone ropa limpia y se lustra los zapatos (que no se han limpiado desde hace una semana). Por fin, cuando ya no le queda nada que hacer sale al tejado y mira la calle lleno de esperanza y de buenas intenciones.

Llega Ada. Él la sienta en la cama, le ofrece fruta, se sienta a su lado. Aunque siente que no sea Eva la que está sentada junto a él, su cuarto ha sido testigo de tantas noches solitarias de sueños salvajes que el chico no tiene más remedio que sentir placer al ver a esta chica sentada a su lado, tan cerca de su cuerpo que hasta puede sentir su calidez. Después de unos momentos de duda toma una de sus manos entre las suyas.

Acaricia la mano juvenil y por fin se la acerca a la boca y la besa.

Entonces Ada levanta los ojos, lo mira confusa y dice:

-¿Por qué me besas la mano? ¿Por qué no me f-----?

Él la mira sorprendido. Ella baja los ojos de nuevo y dice con voz ronca:

-¿Por qué no quieres hacérmelo? ¿Por qué no me f-----?

Al cabo de dos o tres horas ella se va, y al día siguiente vuelve. Viene tres o cuatro días, y al quinto le dice: “Eva también quiere venir”. Y aunque el muchacho no debería sorprenderse ya el caso es que se sorprende. Le resulta difícil imaginarse a la regia Eva haciendo lo que hace Ada. De todos modos él también piensa en su cuerpo dorado, grande, hermoso, en sus largas piernas y en sus labios rojos, y le dice a Ada que puede traer a su amiga.

De nuevo las ve a las dos juntas.

Eva está avergonzada y ruborizada aunque menos de lo que él esperaba, en cualquier caso menos de lo que él mismo está. Él se sienta a la mesa y se pone a fumar y las dos muchachas cuchichean fuera, al otro lado de la puerta. Después de un rato entran dentro. Empiezan a desnudarse. Primero se quitan los zapatos, luego se sacan los vestidos por la cabeza. Él las mira atónito. Ve el cuerpo de Eva, es espléndido, a su lado el de Ada parece delgado, pero en el de ésta hay algo vulgar, algo sucio en comparación con el de Eva, y eso ejerce en

él una oscura atracción. Cuando Ada se da cuenta de la mirada sorprendida del muchacho dice: -“Yo también me quedo, queremos acostarnos contigo las dos juntas”.

Su relación con las chicas, que se hizo cada vez más salvaje, continuó unos dos años. Su recuerdo está unido en su mente al de noches por los callejones desiertos, por rincones de patios, portales de casas y setos escondidos, todos los lugares donde tenían lugar esos encuentros, unos encuentros como los que había tenido en su cuarto.

Después de dos años Eva se fue a vivir con su familia a otra ciudad y desde entonces no volvió a ver a la hermosa chica de ojos verdes. Ada se casó con un muchacho. Él la vio de nuevo al cabo de algunos años. Se había puesto fea y gorda, y sus ojos, al encontrarse con él, no expresaban mas que una indefinida estupidez y preocupación.

Ese muchacho era yo, y esta historia ocurrió el primer año que estuve en Jerusalén.

Una vez leí unas palabras de Yakov Frank: “Hay situaciones en las que es necesario asaltar la ciudad fortificada entrando por las cloacas”. Cuando leí esto recordé también lo que dice la Escritura, que la primera parada del camino de los espías cuando entraron en la tierra santa, por alguna razón, fue la casa de una puta².

Es decir, que a veces hay que llegar a la santidad por el pecado. Cuando vuelvo a pensar en la historia de Eva y Ada encuentro que el pecado no fue el hecho de que las dos chicas fueran tan jóvenes, ni el contacto corporal por si mismo, ni siquiera las formas salvajes que tuvo ese contacto. El pecado en general no está relacionado con las cosas que ocurren entre un hombre y otro; a propósito de esto ya dijo David, el poeta de los Salmos, cuando se le acercó el profeta Natán a acusarlo por el asunto de Bat Sheva: “¡He pecado contra Dios!”³. No dijo: “¡He pecado contra Urías el Jeteo!” Y

² Js 2

³ II Sm 12,13.

en otro lugar, a propósito de lo mismo, se dirige de nuevo a Dios y le dice como explicándolo: “Contra Ti, sólo contra Ti he pecado...”⁴

De todos modos ¿qué es el pecado? Esto es lo que yo pienso: el pecado es la enfermedad del alma, pero por medio de esta enfermedad el alma puede llegar al sentido de si misma, al dolor de si misma, a la revelación de si misma. Quién sabe, quizá la enfermedad (o sea, el pecado) es lo que hace posible la existencia en este mundo; puede ser que la existencia misma no sea mas que pecado, y la angustia de la existencia sea su expiación.

El pecado es la adhesión a la existencia material por medio del placer, del culto al cuerpo, de las comodidades, de la búsqueda de la ciénaga y de los lujos, de todo lo que se dirige desesperadamente hacia uno mismo.

Por este camino el individuo pierde el sentido de su existencia solitaria en medio de lo infinito y se convierte en una nada...

Y si esto es así para cada individuo, cuánto más lo será para el poeta, porque si el significado de ser hombre es ser hombre en lo infinito y ante Dios, el significado de ser poeta es ser poeta en lo infinito y ante Dios.

Y así, los períodos (como aquél en que viví con la bella Ayalá, o cuando me casé, y otros como éstos de los que hablaré en su momento) en que amé las cosas mundanas por si mismas, por su propia naturaleza, por la felicidad que me proporcionaban, esos períodos espiritualmente muertos fueron períodos de verdadero pecado.

Mientras que los períodos de relaciones como el de la historia de Ada y Eva (a las que no amaba y con quienes me hundí sólo en una relación de placer animal y de rechazo, las dos formas pueden ser, tanto una como la otra, formas de expiación y de sufrimiento, porque el sufrimiento causado por una unión carnal con una persona con quien no hay unión del corazón no es menor que el sufrimiento causado por la separación carnal de una persona con la que existe unión del corazón) fueron períodos fructíferos desde el punto de vista

⁴ Sal 51,6.

espiritual, lo cual indica que por la fuerza del pecado se liberó la semilla oculta de la santidad.

Me acuerdo de un día en que Ada y Eva me visitaron, un día de excesiva y salvaje obscenidad, recuerdo que cuando ellas se fueron me senté y escribí los versos siguientes que más adelante incluí en los *Proverbios del fruto*:

Siento tu existencia escondida en los seres como una esperanza,
 como un fruto; y cómo Tú
 envuelves en amor el universo.
 Tú te tiendes en el campo con los que están muriendo por la noche,
 chupando la sangre de sus gargantas,
 mirando con ojos congelados desde sus rostros, solitario con ellos.
 Tú te excitas de alegría con los amantes cuando están saciados de
 amor en sus lechos de bodas,
 y respiras con los niños en sus cunas.
 Tú eres la madre primigenia⁵ en cuyo regazo todos nosotros
 dormiremos.
 Tú eres el amor. Tú eres la muerte.

Tú eres la raíz de las cosas y su idea,
 su fruto y su meta.
 Por eso hay unidad esencial en las cosas, no hay división entre ellas.

Tu idea extendiste sobre todo como un *talit*⁶,
 como alfombra de tierra sobre la semilla.
 La semilla de tu idea mi alma anhela.
 Por tu *talit*, blanco como la muerte, canta mi roja sangre
 y arroja sobre él una siembra de rosas
 desde la *klipá*⁷ de mi envilecida existencia,

⁵Tú (va en masculino) se refiere a Dios, y en cambio *madre* (en femenino) se refiere a la tierra.

⁶ Chal que usan los judíos durante la oración.

⁷ Concepto cabalístico: la cáscara, el pecado que oculta la luz divina.

desde la oscuridad de mis días y mis noches,
sobre los campos de la muerte sembrados de tumbas y alambre,
sobre el ruido de ciudades llenas de acciones y rebosantes de orgías,
repletas de materia y actividad
pero tan pobres en amor, en fe, en conocimiento de Dios...
Más allá de todo lo torcido y sombrío que hay en mi ser
que fue arrancado de las fuentes de tu Ser
y espera volver
y muere en su esperanza,
por encima de todo lo extraviado,
del error y de lo efímero
elevo en mis manos tendidas a Ti una ofrenda de palabras,
estas palabras avergonzadas y anhelantes:
Alabado sea tu Nombre.

Otras lecturas relacionadas:

PINJAS SADÉ, UNA VOZ DISONANTE EN LA LITERATURA
ISRAELÍ, POR M^a ENCARNACIÓN VARELA MORENO
(ENSAYO)
Universidad de Granada

http://www.ugr.es/~estsemi/miscelanea/meah54/7_Varela_127-148.pdf